

# Sobre suficiencia y vida buena<sup>1</sup>

Manfred Linz<sup>2</sup>

(traducido del alemán por Jorge Riechmann)

Un chiste gráfico presenta a dos ancianos sentados uno junto al otro en un banco. Uno de ellos refunfuña apoyado en su bastón: “cuanto más aumenta la esperanza de vida, menos espero de la vida”. También esto sería suficiencia, aunque no la suficiencia de la cual debemos ocuparnos hoy. Estoy seguro de que puedo contar con que ustedes abrigan expectativas más altas hacia la vida, y no tengo intención de menoscabar tales expectativas.

Explicaré brevemente lo que voy a hacer. Mi intervención tiene dos partes: la primera analiza los tres caminos hacia la sostenibilidad, entre ellos especialmente el de la suficiencia; e intenta mostrar por qué la suficiencia es necesaria. La segunda parte se ocupa de la forma en que el Instituto Wuppertal ha organizado su investigación acerca de la suficiencia.

## Tres caminos hacia la sostenibilidad

Presupongo entre nosotros algo de terreno común. Los países industriales, y entre ellos también Alemania y España, consumen demasiados recursos naturales y sobrecargan excesivamente los ecosistemas con sus residuos. Esta sobreexplotación de la naturaleza está destruyendo ya hoy los

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada el 27 de octubre de 2006 en la sesión LOS VALORES DE SUFICIENCIA Y AUSTERIDAD (EN EL CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE SOSTENIBILIDAD) del seminario “Ciencia y Tecnología para una sociedad sostenible”, organizado conjuntamente por ISTAS y el Instituto de Filosofía del CSIC, y coordinado por Jorge Riechmann y Marta I. González. Agradezco a Nacho Benítez la cuidadosa transcripción de mi inicial traducción oral de este texto, que me ha permitido preparar más fácilmente esta versión final. (N. del t.)

<sup>2</sup> Manfred Linz, investigador del Instituto Wuppertal (donde dirige el proyecto de investigación ECO-SUFICIENCIA Y CALIDAD DE VIDA: véase al respecto <http://www.wupperinst.org/Seiten/org-einheiten/qp-suffizienz.html>), es –entre otras publicaciones– coautor del importante informe *Fair Future. Ein Report des Wuppertal Instituts. Begrenzte Ressourcen und globale Gerechtigkeit* (Beck Verlag, Munich 2005).

equilibrios ecológicos; no es pensable que pueda extenderse a toda la población mundial. Por eso, nosotros como individuos y también nuestros países tenemos que aprender a vivir, trabajar y producir de manera sostenible.

La sostenibilidad puede perseguirse por tres caminos distintos: eficiencia, coherencia y suficiencia<sup>3</sup>. De manera breve se pueden caracterizar estas tres vías de la siguiente forma: la *eficiencia* se orienta al mejor aprovechamiento de la materia y la energía, esto es, una mayor productividad de los recursos naturales. La *suficiencia* trata de lograr un menor consumo de los recursos a través de una demanda de bienes menor. La *coherencia* se orienta hacia tecnologías compatibles con la naturaleza, que aprovechen los ecosistemas sin destruirlos.

Nosotros hoy nos vamos a ocupar sobre todo de suficiencia, pero hay que pensarla en el contexto de esta terna, que también podríamos llamar una trinidad, puesto que las tres vías son imprescindibles. Ninguno de estos caminos, sin los otros dos, nos conduciría al objetivo; por eso en primer lugar vamos a caracterizar brevemente estos tres caminos a la sostenibilidad.

Las mayores esperanzas, actualmente, se dirigen a la *ecoeficiencia*, es decir, a mejorar la productividad de los recursos naturales. El punto de vista que prevalece en ello puede describirse como “hacer más con menos”. Más trabajo a partir de un kilovatio, más kilómetros a partir de un litro de combustible. Y de hecho, el mejor aprovechamiento posible de los tesoros de la naturaleza constituye una estrategia fundamental en el camino hacia la sostenibilidad. Pero la ecoeficiencia tiene también un talón de Aquiles. Estos ahorros conducen o seducen hacia un sobreconsumo, precisamente cuando la eficiencia se revela como un comportamiento preservador de la naturaleza.

---

<sup>3</sup> En el ámbito de lengua alemana, se han identificado desde hace años estas tres estrategias hacia la sostenibilidad. La *coherencia* o consistencia entre tecnosfera y biosfera equivale a la *biomimesis* que propugno yo desde hace algún tiempo. Véase Joseph Huber, “Nachhaltige Entwicklung durch Suffizienz, Effizienz und Konsistenz”, en Peter Fritz y otros, *Nachhaltigkeit in naturwissenschaftlicher und sozialwissenschaftlicher Perspektive*, Hirzel, Stuttgart 1995; Joseph Huber, *Nachhaltige Entwicklung. Strategien für eine ökologische und soziale Erdpolitik*, Sigma, Berlín 1995; y también –como uno de los frutos de un proyecto de investigación interdisciplinar del Instituto Wuppertal que coordina Manfred Linz (“Öko-Suffizienz und Lebensqualität”, vale decir, “Eco-suficiencia y calidad de vida”)-- Manfred Linz: *Weder Mangel noch Übermass. Über Suffizienz und Suffizienzforschung*, Wuppertal Institut (Wuppertal Paper 145), Wuppertal, julio de 2004, p. 7 y ss. (N. delT.)

Además, la eficiencia ecológica tiene también una doble cabeza de Jano: ahorra y al mismo tiempo extiende. Es de utilidad en tanto en cuanto disminuye el consumo total, pero en la medida en que el crecimiento de las cantidades de bienes y del consumo energético sobrepasa los ahorros, aparece el llamado “efecto rebote” (en inglés *rebound effect*). Los ahorros en materias primas y en energía son recuperados y aniquilados por un consumo cuantitativo mayor.

Eso precisamente es lo que está pasando a escala mundial, de forma dramática. La producción y el comercio mundial crecen tanto, que superan con mucho los ahorros de energía y materiales logrados por la ecoeficiencia. También la población mundial seguirá creciendo aún durante algunos decenios, hasta alcanzar 8 ó 9.000 millones de seres humanos. Al analizar estos fenómenos cuentan los nacimientos, pero todavía tienen más peso las pretensiones crecientes de las crecientes capas medias y altas en la población mundial. La parte de la “clase consumidora global” que se sitúa fuera de los países de industrialización antigua se evalúa hoy en más de mil millones de personas. Ya iguala el poder de compra de los EE.UU. Todo ello significa que la suma de todos los ahorros conseguidos por una mayor eficiencia en el uso de los recursos naturales queda absorbida y sobrecompensada por la creciente demanda mundial. Basta evocar el enorme aumento del tráfico aéreo y automovilístico: contra ello nada pueden las ganancias en eficiencia.

Pero ¿no cabe poner esperanzas en las tecnologías más compatibles con la naturaleza: energía solar, biocombustibles, células de combustible? Semejantes estrategias de **coherencia** [o biomiméticas, n. del t.] reciben gran aprobación. Nos prometen, de manera análoga a la ecoeficiencia, una solución casi indolora para los problemas ecológicos; pues serían compatibles –tal es la expectativa— con el mantenimiento o incluso con un aumento del bienestar material. No hay que poner en cuestión que necesitamos urgentemente este tipo de tecnologías coherentes. Ahora bien, mucho en estas estrategias de coherencia, quizá incluso la mayor y mejor parte, es música del porvenir. Tales tecnologías hoy son practicables solamente en pequeña medida. Nadie sabe en realidad en qué momento podrán aplicarse muchas de ellas. Nadie sabe si están realmente tan libres de efectos secundarios y peligros como predicen algunos de sus portavoces. Y hay que tener en cuenta que tales tecnologías también consumirán materiales, emitirán productos tóxicos, y surgirán problemas cuantitativos,

problemas de escala. No puede haber, ni en la economía ni en la vida de las personas, ninguna intervención en la naturaleza completamente libre de impactos.

Con ello llegamos a la cuestión de la *suficiencia*. Resulta inequívoco: si los seres humanos queremos preservar la Tierra, tendremos que aprender a vivir dentro de sus límites. No debemos causar más impactos de los que soporta la biosfera. Y eso se refiere a todos los seres humanos. Tendrán que aceptar restricciones prudentes todos los habitantes de la Tierra: también la clase consumidora en Asia, África y América Latina. Pero está claro que el requerimiento de austeridad se dirige en primer lugar a los mayores consumidores, los habitantes de las naciones industriales. Sigue siendo verdad que una cuarta parte de la humanidad —la cuarta parte donde estamos nosotros— se apropia de casi tres cuartas partes de las materias primas. Eso no puede continuar así. No lo aceptarán los hoy postergados. Si no cambian las cosas, los conflictos por el petróleo, los metales, el aire limpio, los alimentos y el agua dulce no se podrán resolver de manera pacífica. Los países más ricos tendrán que acceder a una reducción de su consumo de materiales y energía, y el motivo por el que lo harán en última instancia no es ético, no lo harán por benevolencia. La cosa es diferente: la autolimitación responde al interés propio esclarecido de las naciones en las cuales estamos viviendo.

Esto se ha vuelto hoy especialmente urgente, pero se trata de una cuestión muy antigua. Desde la Antigüedad y hasta hoy, la suficiencia ha sido concebida como la pregunta por la justa medida, por aquello que sienta bien y hace bien a los seres humanos. Conjeturamos que sobre la entrada del templo de Apolo en Delfos estaba escrita aquella máxima que se halla en la base de cualquier reflexión sobre suficiencia: *Mêden agan* (“De nada en demasía”). A nosotros nos atañe, sobre todo, la conexión de esta sabiduría antigua con la ecología.

La suficiencia ecológica busca vías y estrategias para ahorrar recursos a través de transformaciones del comportamiento humano. Mientras que en los casos de la eficiencia y la coherencia intentamos cambios técnicos y organizativos, en el caso de la suficiencia se trata de las transformaciones de nuestra propia acción. Así, por mencionar solamente un ejemplo, si hablamos de automóviles eficientes nos referimos a consumir menos combustible y fabricar automóviles que se reciclen mejor. Pero la

suficiencia requiere que nos contentemos con automóviles más pequeños, que viajemos menos con ellos y también más despacio, o que pongamos en práctica sistemas de transporte diferentes.

Podemos convenir en que la suficiencia es necesaria, pero ¿es también deseada? ¿Cuántas de nuestros conciudadanos están dispuestos a embarcarse en este camino hacia el menos? Las ideas rectoras de la modernidad son por el contrario *más, mayor, más deprisa, más lejos*. Y hete aquí que se presenta ahora la suficiencia recomendando una autolimitación prudente. No resulta sorprendente que se replique ante las propuestas de suficiencia: eso significa un retroceso, es aburrido, va a costar puestos de trabajo, hará la vida pobre y lamentable. La suficiencia sería algo para seres angelicales, para idealistas. La población en general poco puede lograr con algo así. ¿De qué manera podemos responder a estas objeciones? ¿Qué podemos replicar? Con ello ya estamos en la segunda parte de esta reflexión, es decir, en las tareas de investigación que nos hemos dado en el Instituto Wuppertal.

### **Investigación sobre suficiencia en el Instituto Wuppertal.**

Voy a informar brevemente sobre cuatro líneas de investigación, que giran en torno a una pregunta básica y tres aplicaciones. En cuanto a la pregunta básica se trata de dilucidar los motivos: ¿qué nos mueve hacia la suficiencia? Tanto individuos como sociedades enteras, ¿con qué tipo de motivos pueden contar para autolimitarse? Tal es la cuestión básica.

Los resultados de esta averiguación los referimos a tres ámbitos. En primer lugar: ¿cómo pueden las personas, en el comportamiento de cada uno y de cada una, llevar a la práctica la suficiencia? ¿Dónde encontramos en la vida cotidiana indicios o prácticas en este sentido, donde podamos reconocer un comportamiento mesurado? ¿Y son estas prácticas multiplicables?

A continuación preguntamos: ¿de qué manera se puede convencer a las empresas de que realicen una gestión económica orientada a la suficiencia? ¿Qué motivos pueden tener las empresas para dejar de regirse en su actividad productiva por ideas de crecimiento continuo, y con ello de

consumo de recursos siempre creciente? Y si muchas empresas hicieran esto, ¿qué pasaría entonces con la economía en su conjunto?

Y por último preguntamos por las condiciones políticas necesarias para una sociedad orientada a la suficiencia. ¿Qué tendría que ocurrir en el ámbito político para que una economía y una vida más austeras fueran posibles?

Una observación previa: no quiero dar la impresión de que tenemos resultados definitivos en estos cuatro ámbitos. Informaré sobre nuestro programa de investigación y sobre los resultados a los que hemos llegado hasta ahora. Por otra parte, cada una de estas cuatro líneas de investigación hubiera merecido una exposición más amplia que por razones de tiempo no es posible. Me voy a limitar a un esbozo breve.

En cuanto a lo primero, los motivos para la suficiencia. Con mucho, el motivo más fuerte para un actuar austero es la expectativa de una ganancia vinculada con el mismo, una ventaja que se obtenga con ello. Pertenece a los conocimientos más básicos de las ciencias sociales que los seres humanos regularmente rigen su comportamiento por una parte por lo que está entregado a su cuidado, y por otra parte según aquello de lo que esperan una ganancia, o evitar una pérdida. Quién desee fomentar la suficiencia, tendrá que justificar de la manera más convincente posible lo que a través de esa autolimitación fomenta la vida y eleva la calidad de vida.

Se puede mostrar que la suficiencia permite un mejor equilibrio del bienestar. Debemos describir el bienestar como un compuesto de tres elementos: riqueza en bienes, riqueza en tiempo y riqueza relacional. La riqueza en bienes y la riqueza en tiempo no precisan de demasiada aclaración. La riqueza o bienestar relacional se orienta al espacio social donde me muevo, e intenta lograr situaciones en las cuales me sienta acogido, reconocido; situaciones en las que las relaciones sociales sean satisfactorias y tenga para esas relaciones atención y tiempo suficiente. El aspirar a cada vez más bienes, a cada vez más cantidades de todo lo que me pueda permitir, suele ir en detrimento del tiempo libre y de las relaciones logradas. Y cuando me importa demasiado lo que desearía poseer, eso menoscaba la satisfacción derivada de disponer de mi propio tiempo y vincularme con otras personas.

Además, la suficiencia puede permitir una vida más autónoma. Ya no tengo que estar preocupándome todo el tiempo de exhibir mi estatus social ante los demás y ante mí mismo, para equipararme con aquellos a quienes tomo como referencia. Una gran cantidad de investigación empírica ha mostrado que en las sociedades occidentales, por encima de cierto umbral de ingresos, la sensación de felicidad deja de crecer; algunos estudios muestran incluso que esa sensación retrocede. ¿Cuál es la razón para ello? La vida se vuelve demasiado cansada y complicada. Los ingresos crecientes fortalecen al mismo tiempo los factores de estrés en la vida.

Entre tanto hay cada vez más señales de que está cambiando la manera de pensar acerca de esto. Vemos cómo alcanzan tiradas muy altas los libros que nos recomiendan *Simplify your life!* (“simplifique su vida”: así se titula uno de estos libros que ha alcanzado mucho éxito). Ciertamente ese deseo es más fácil de formular que de cumplir. Y sin embargo en semejantes artes de liberación encontramos una clave para más vitalidad y mayor apetito de vida.

Por último, también proporcionan recompensas los motivos intrínsecos de la acción. Intrínsecas (que vienen de dentro) se llama a las acciones en las que no se reacciona frente a estímulos que vienen de fuera en forma de amenazas o recompensas; sino que más bien se siguen de un impulso propio, de un deseo interior: algo que se hace por mor de ello mismo, y que por tanto lleva dentro de sí tanto su sentido como su recompensa. Hago algo porque quiero hacerlo, porque me parece importante, correcto, bueno, y porque con ello me autorrealizo, me cumplo a mí mismo. Semejante acción autodeterminada se orientará al despliegue de las propias capacidades y disposiciones, pero a la misma pertenece también el deseo de comprometerse a favor de otros. Así, muchas personas están dispuestas a participar en tareas comunitarias sin expectativas de beneficio personal. El estímulo que las mueve es que con esa acción comunitaria viene al mundo algo que tiene sentido. Hago algo para mí mismo cuando me comprometo con otros.

¿Y qué sucede con la ética? También una obligación interior se puede vivir en forma de recompensa. No vivir a costa de otros, no dejar pasivamente que tengan lugar injusticias o desdichas, no declararse incompetente sino más bien contribuir cada uno en lo que pueda a proteger la naturaleza, reducir la pobreza y contrarrestar la desigualdad destructora de la vida en

nuestro mundo: todo eso pueden constituir importantes motivos para la acción y vivirse en forma de recompensa.

Un bienestar más equilibrado en cuanto a bienes, tiempo y relaciones; más autodeterminación, concordancia entre las convicciones y la propia vida... Creo que muchas personas pueden verse convencidas por este tipo de motivos de recompensa. Pero seguramente no todos y probablemente tampoco la mayoría. ¿Cómo podríamos aproximar a esa mayoría la idea de suficiencia? A mi entender, es importante la perspectiva de lo que podríamos llamar una recompensa negativa: evitar pérdidas, alejar males. También esto forma parte de los motivos de recompensa, dirigiéndose al interés propio esclarecido. Un interés propio esclarecido querrá proteger lo que hoy está muy amenazado: el clima, la salud, la tranquilidad, la seguridad, la paz... No somos solamente conductores de automóviles viajeros de vacaciones o consumidores ávidos de compras. Somos también gente que come, que respira, que duerme. Y cada vez resulta más obvio que tendremos que optar. Sentimos de forma más o menos confusa que se están aproximando grandes peligros y pérdidas, ya pensemos en el cambio climático o bien en un mundo que se vuelve cada vez más inseguro. Debemos darnos cuenta de que la inacción favorece la inseguridad, de que tenemos que transformarnos, y ciertamente autolimitarnos, si queremos hacer frente a esos peligros.

Baste lo dicho hasta ahora en cuanto a la búsqueda de motivos para la suficiencia. A continuación me referiré brevemente a la aplicación de estos motivos. En primer lugar: ¿de qué forma pueden las personas vivir de forma mesurada y actuar de manera autolimitada? Hemos buscado prácticas de suficiencia en la vida cotidiana y hemos encontrado una gran cantidad de ejemplos. Hay un número creciente de personas que conducen automóviles más pequeños o que simplemente no tienen automóvil, que hacen menos viajes de vacaciones a larga distancia, que compran bienes duraderos procedentes del comercio justo. Ya están disponibles mecanismos para compensar de manera individual los impactos sobre el clima causados por los viajes en automóvil o en avión. (Por ejemplo, antes de volar estos días a Madrid hice una transferencia de catorce euros para contribuir con esta suma al fomento de la energía solar en África, y de esa manera compensar el daño climático producido por el vuelo). Existen numerosas iniciativas comunitarias del tipo de “anillos de intercambio”, o sistemas regionales de crédito sin interés, o iniciativas de coche

compartido. En todas partes se están haciendo importantes experiencias que muestran cómo una vida autolimitada no tiene por qué convertirse en algo más pobre, sino que aparecen nuevas facetas de gran atractivo. No tengo ahora tiempo para extenderme más en esto.

La siguiente línea de investigación se refiere a la economía, y en nuestro caso concreto a la compatibilidad entre suficiencia y éxito empresarial. ¿De qué manera pueden las empresas --que quieren lograr beneficios y están obligadas a hacerlo-- al mismo tiempo tener éxito y aprender a no querer seguir creciendo siempre y seguir consumiendo cada vez más recursos? Sólo se puede lograr eso si se impone un punto de vista importante, a saber: perseguir los beneficios máximos a costa de la naturaleza daña los intereses a largo plazo de las empresas. Esta idea se va abriendo camino, aunque sea lentamente. Se puede ver cómo está cambiando poco a poco el clima en el mundo de la empresa, y no sólo en el sentido de una globalización que se lo traga todo, sino también en el sentido de la sostenibilidad; y aquí lo que se busca no son beneficios máximos, sino beneficios óptimos. Más gente va siendo capaz de ver que una producción que respete la naturaleza, la mayor participación de los trabajadores, mantener los estándares sociales, la aprobación de los clientes, todo eso también cuenta.

Y hay ámbitos de negocio que no están orientados al crecimiento. Aparecen ahí donde las empresas perciben necesidades que hasta ahora se satisfacían con un alto consumo material, y desarrollan alternativas atractivas. Así por ejemplo: oferta de servicios en lugar de venta de productos, bienes más duraderos y que por eso pueden ser más caros, uso en lugar de posesión, el redescubrimiento de lo ya usado (y ahí ofrece un curioso ejemplo la empresa en internet e-Bay), la región como espacio económico y vivencial... También acerca de estas alternativas acaba de publicarse un trabajo importante del cual queremos aprender<sup>4</sup>.

Ahora bien, si penetran en la economía las ideas de suficiencia ¿no significaría eso un colapso? Se trata de un temor muy extendido. Por eso lo hemos convertido en un tema central para nuestras reflexiones aunque ahora solamente puedo aludir a ello de forma breve<sup>5</sup>. La respuesta iría en el siguiente sentido: en las naciones industriales más desarrolladas ya

---

<sup>4</sup> REFERENCIA.

<sup>5</sup> Linz ha consagrado a este asunto un artículo que he traducido también para esta publicación: véase más abajo Manfred Linz, "¿Qué pasará con la economía"? (N. del t.)

solamente podemos esperar un crecimiento bajo y de tipo lineal (aunque España de momento constituye una excepción en ese sentido). Lo que se alcance en crecimiento (en países como por ejemplo Alemania, Holanda etc.) no servirá para eliminar el desempleo masivo. El crecimiento económico por tanto, no resuelve los problemas económicos y sociales. Para eso son necesarias otras políticas como, por ejemplo, el reparto de trabajo, o quizá un ingreso básico que se concediese a cada ciudadano o ciudadana incondicionalmente.

Y por último la pregunta: ¿a que tendría que parecerse una política que posibilitase y favoreciese la suficiencia? Tal política proporcionará estímulos y pondrá límites. Alentará el consumo responsable y austero y disuadirá del despilfarro. Lo que significaría esto lo puedo mostrar otra vez brevemente con un ejemplo al que antes me he referido: el conducir automóviles. Una política que busque la suficiencia en este terreno del automóvil puede favorecer fiscalmente a los automóviles más pequeños y eficientes, y gravar con una fiscalidad más alta los altos consumos de gasolina. Puede gravar fiscalmente el precio de la gasolina y no —como sucede en Alemania— la cilindrada del vehículo: ello estimula a viajar menos kilómetros. Puede poner un impuesto de lujo sobre los automóviles más despilfarradores. Puede imponer límites máximos de velocidad. Puede establecer que solamente se empleen coches pequeños y eficientes como vehículos oficiales y de empresa, etc.

Ya sé que hay muchísimos intereses en contra de esto, que hay ejércitos enteros de lobbystas cabildeando para impedir semejantes desarrollos. Por eso es tanto más importante que aquellos a quienes la suficiencia nos importa nos agrupemos y aumentemos la presión política; pero con esto estaríamos ya ante una cuestión diferente.